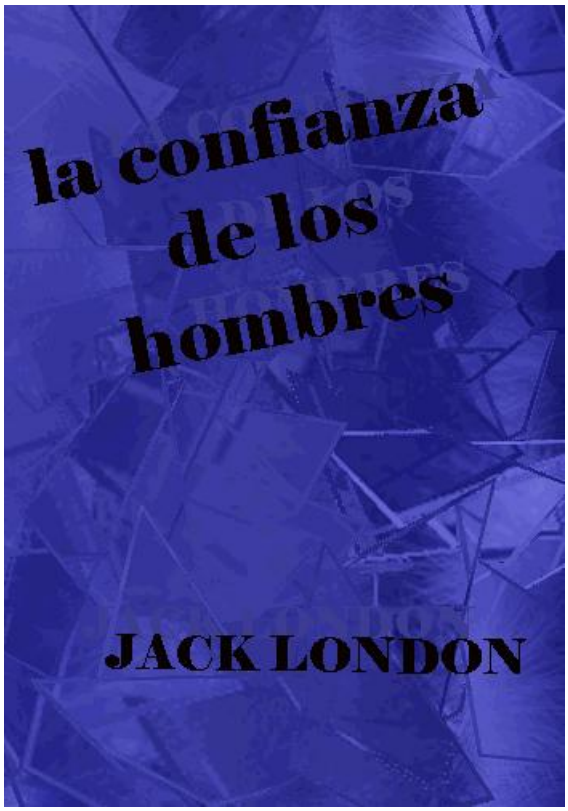
La confianza de los hombres

Jack London



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

LA CONFIANZA DE LOS HOMBRES

-Te digo lo que haremos: lo echaremos a la suerte.

-Eso me parece bien -dijo el segundo hombre, volviéndose, mientras hablaba, hacia el indio que estaba reparando los zapatos para nieve en un rincón de la cabaña-. Tú, Billebedam, pórtate como un buen camarada y date una carrera a la choza de Oleson y dile que necesitamos que nos preste su cubilete de dados.

El repentino pedido en medio de un conciliábulo sobre salarios, maderas y alimentos, sorprendió a Billebedam. Además, era temprano, y él nunca había visto a hombres blancos del calibre de Pentfield y Hutchinson echar los dados y jugar, hasta que el trabajo diario estuviera hecho. Pero su cara era impasible como debe ser la de un indio del Yukón, mientras se ponía los mitones y atravesaba la puerta.

Aunque eran las ocho, afuera todavía estaba oscuro, y la cabaña estaba iluminada por una vela de sebo puesta dentro de una botella vacía de whisky. La misma se erguía en la mesa de madera de pino en medio de un desorden de platos de hojalata sucios. Sebos de innumerables velas habían chorreado por el largo cuello de la botella y se habían endurecido en forma de un glaciar diminuto. La pequeña habitación, la única que componía la cabaña, estaba tan sucia y desordenada como la mesa. En un extremo, contra la pared, había dos literas, una encima de la otra, con las mantas echadas hacia abajo exactamente como las dejaron los dos hombres cuando salieron de ellas, en la mañana.

Lawrence Pentfield y Corry Hutchinson eran millonarios, aunque no lo aparentaban. Nada parecía haber de inusual en ellos, y podrían haber revistado como cabales comerciantes en maderas en cualquier campamento de Michigan. Pero afuera, en la oscuridad, donde los hoyos bostezaban en la tierra, había muchos hombres esforzándose en extraer con el molinete estiércol, grava y oro desde el fondo de esos hoyos, en tanto otros hombres recibían quince dólares al día por raspar el mineral de la roca. Cada día, miles de dólares en oro eran raspados de la roca y extraídos a la superficie, y todo ello pertenecía a Pentfield y Hutchinson, que figuraban entre los más ricos reyes de Bonanza.

Pentfield rompió el silencio que siguió a la partida de Billebedam al amontonar los platos sucios apilándolos sobre la mesa y tamborileando con sus nudillos en el espacio despejado. Hutchinson apagó de un soplido la vela humeante, y con aire pensativo friccionó entre el pulgar y el índice el hollín desprendido de la mecha.

-¡Por Júpiter, querría que los dos pudiéramos ir! -exclamó abruptamente-. Eso volvería todo a la normalidad. Pentfield lo miró sombrío.

-Si no fuera por tu maldita obstinación, estaría todo arreglado de cualquier modo. Todo lo que debes hacer es levantarte e ir. Yo me ocuparé de las cosas, y el próximo año podré ir también.

-¿Por qué debería ir yo? Nadie me está esperando... -Tu gente -estalló Pentfield con brusquedad.

-Como la tienes tú -prosiguió Hutchinson-. Una mucha

cha, a eso me refiero, y lo sabes.

Pentfield se encogió melancólicamente de hombros. -Ella puede esperar, supongo.

-Pero ya hace dos años que está esperando.

-Otro más no la envejecerá hasta volverla irreconocible.

-Con eso serían tres años. ¡Piénsalo, hombre, tres años en este fin del mundo, este sitio

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

para condenados que se cae del mapa! -Hutchinson levantó su brazo con un gruñido semi-articulado.

Era varios años más joven que su socio, no pasaba los veintiséis, y en su cara había esa vaga desilusión que puebla la cara de los hombres cuando anhelan en vano las cosas que les fueron largo tiempo negadas. La misma desilusión flotaba en la cara de Pentfield, y era visible en la agitación de los hombros.

-Anoche soñé que estaba en lo de Zinkand -dijo-. La música sonando, copas tintineando, voces zumbando, mujeres riendo, y yo había ordenado huevos; sí, señor, huevos: fritos, y hervidos, y revueltos, y escalfados, en todas las maneras imaginables, y me veía tragándolos tan pronto como llegaban.

-Yo habría ordenado ensaladas y cosas verdes -criticó Hutchinson hambriento-, con un gran, enorme bife de solomillo, y cebollas frescas y rábanos, de la clase en la que los dientes se hunden con un chasquido.

-Yo habría seguido con los huevos, creo, si no me hubiera despertado -replicó Pentfield,

Levantó del piso un banjo lleno de cicatrices, y comenzó a rasguear algunas notas erráticas. Hutchinson hizo una mueca y respiró pesadamente.

-¡Deja eso! -gritó con furia repentina, cuando el otro atacaba un ritmo alegre y ligero-. Me vuelve loco. No puedo soportarlo.

Pentfield arrojó el banjo en una litera y recitó: Escúchame balbucear lo que los más débiles no confesarán.

Yo soy Memoria y Tormento. ¡Soy el Pueblo!

¡Soy todo lo que siempre llegó con las vestiduras del anochecer!

El otro hombre muequeó en su asiento y dejó caer la cabeza hacia adelante en la mesa. Pentfield retomó el monótono rasgueo con sus nudillos. Un sonoro chasquido proveniente de la puerta atrajo su atención. La escarcha estaba trepando con sigilo hacia el interior de la cabaña en una lámina blanca, y él comenzó a canturrear:

Los rebaños están encerrados, las ramas desnudas, El salmón anda por el mar; Y, oh mi hermosa, pudiera yo en algún lugar Hacer habitable mi corazón para ti.

Se hizo un silencio que no fue roto hasta que Billebedam llegó y arrojó el cubilete sobre la mesa.

-Mm... Hacer mucho frío -dijo-. Oleson decir, mm... que la noche pasada... mm... el Yukón congelarse.

-¡Oye eso, viejo! -gritó Pentfield, palmeando a Hutchinson en un hombro-. ¡El que gane puede estar largándose por

la ruta a la tierra de Dios, a esta misma hora de mañana! Alzó el cubilete, agitando enérgicamente los dados.

-¿Qué será?

-Poker directo -contestó Hutchinson-. Adelante, déjalos rodar.

Pentfield corrió con estrépito los platos que estaban sobre la mesa, y echó los cinco dados. Ambos miraron con ansiedad. Resultó una jugada sin ningún par y con un total de cinco puntos.

-¡Esto es un muerto! -gimió Pentfield.

Después de mucho deliberar, Pentfield recogió todos los dados y los introdujo en el cubilete.

-Si fuera tú, me jugaría al cinco -sugirió Hutchinson. -No, no lo harías, no cuando veas esto -replicó Pentfield, batiendo los dados.

Otra vez cayeron sin que se formara ningún par, corriendo en una secuencia

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

ininterrumpida desde dos a seis.

-¡Un segundo muerto! -gruñó-. No vale la pena que lo agites mucho, Corry. No puedes perder.

El otro juntó los dados sin una palabra, los batió, los hizo rodar sobre la mesa con ostentación, y vio cómo él también había obtenido un máximo de seis.

-Te empaté, de todos modos, pero tengo que hacer algo mejor que eso -dijo, reuniendo cuatro de ellos y jugándose al seis-. Y aquí está lo que te va a vencer.

Pero los dados rodaron: dos, tres, cuatro y cinco, ni mejor ni peor que lo logrado por Pentfield.

Hutchinson suspiró.

-No podría ocurrir ni una vez en un millón -dijo.

-Ni en un millón de vidas -agregó Pentfield, aferrando los dados y arrojándolos con rapidez. Aparecieron tres cinco y, luego de mucha demora, fue recompensado con un cuarto G cinco en el segundo tiro. Hutchinson pareció haber perdido su última esperanza.

Pero tres seis se mostraron boca arriba en su primera jugada. Una gran duda creció en los ojos del otro, y la esperanza volvió a los suyos. Le quedaba otro tiro. Otro seis, y él se iría por el hielo, hacia el agua salada y los Estados Unidos.

Sacudió los dados en el cubilete, hizo el ademán de tirarlos, vaciló y continuó sacudiéndolos.

-¡Vamos! ¡Vamos! ¡No vas a tomarte toda la noche! -Pentfield gritó cortante, curvando sus uñas sobre la mesa: tan intensa era la presión de las manos con la que se esforzaba por mantener el control de sí mismo.

Los dados rodaron hacia adelante, y un seis vuelto hacia arriba se encontró con los ojos de los dos hombres. Ambos se sentaron, mirándolo con ojos muy fijos. Hubo un largo silencio. Hutchinson lanzó una mirada furtiva a su socio quien, más furtivamente aún, la registró y apretó los labios en un intento por hacer notar su despreocupación.

Hutchinson rió al tiempo que se ponía de pie. Era una risa nerviosa, aprensiva. Aquel era uno de esos casos en los que era más embarazoso ganar que perder. Caminó hacia su socio, que giró hacia él con fiereza:

-¡Ahora quédate callado, Corry! Sé todo lo que estás por decir: que más bien preferirías quedarte y dejarme ir, y todo eso; así que no lo digas. Tú tienes en Detroit tu propia gente a la cual ver, y ello es suficiente. Además, puedes hacer por mí la única cosa que deseaba hacer, de haberme ido. -¿Y es...?

Pentfield leyó la pregunta en los ojos de su socio, y respondió:

-Sí, la única cosa. Puedes traérmela a ella. Solo habrá una diferencia: una boda en Dawson, en vez de en San Francisco.

-¡Pero, hombre! -objetó Corry Hutchinson-. ¿De qué modo existente bajo el sol podría traerla? No somos exactamente hermano y hermana, más aún cuando nunca me he encontrado con ella, y no sería lo más apropiado para nosotros, lo sabes, viajar juntos. Por supuesto, sería todo muy correcto: tú y yo lo sabemos; ¡pero piensa en las apariencias, hombre!

Pentfield blasfemó por debajo de su respiración, consignando las apariencias del asunto a una región poco menos fría que Alaska.

-Ahora, si me escuchas de verdad y no te montas tan rápido a ese alto caballo tuyo -prosiguió su compañero-, verás que lo único justo dadas las circunstancias es que yo te permita ir este año. El próximo año está solo a un año, y entonces yo podré emprender mi vuelo.

Pentfield sacudió su cabeza, aunque visiblemente tocado por la tentación.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

-No funcionará, Corry, viejo. Aprecio tu bondad y todo eso, pero no funcionará. Me sentiría avergonzado cada vez que pensara en ti trabajando como un esclavo aquí, en mi lugar.

Un pensamiento pareció golpearlo repentinamente. Excavando en su litera y casi rompiéndola en su impaciencia, consiguió un block y un lápiz, y sentándose a la mesa comenzó a escribir con prontitud y seguridad.

-Aquí tienes -dijo, depositando la carta garabateada en la mano de su socio-; solo entrégala, y todo irá bien.

Hutchinson la recorrió con los ojos, y los mantuvo bajos.

-¿Cómo sabes que el hermano estará dispuesto a hacer ese viaje bestial, hasta aquí? -preguntó.

-Oh, él lo hará por mí... y por su hermana -replicó Pentfield-. Sabes, él es un pies-delicados, y yo no se la confiaría a él solo. Pero contigo al lado, será un viaje fácil y seguro. Tan pronto te vayas, irás adonde ella y la prepararás. Después podrás retomar tu carrera al Este, hacia tu propia gente, y en la primavera tanto ella como su hermano estarán listos para partir contigo. Tú le agradarás desde el comienzo, lo sé; y la conocerás tan pronto pongas los ojos en ella.

Diciendo así, abrió la parte posterior de su reloj y mostró la fotografía de una muchacha pegada en el interior de la caja.

Corry Hutchinson la contempló con la admiración colmándole f los ojos.

-Su nombre es Mabel -siguió Pentfield-, y también deberías saber cómo encontrar su casa. Enseguida que llegues a Frisco, tomas un coche y dices simplemente: "familia Holmes, Avenida Myrdon"; y dudo si lo de Avenida Myrdon es necesario. El conductor sabrá dónde vive el juez Holmes.

-Y, mira -continuó Pentfield, después de una pausa-: no sería mala idea que me traigas una pocas cositas que... este...

-...Que un hombre casado debería tener en su vivienda -dejó escapar Hutchinson con sonrisa socarrona.

Pentfield acompañó la burla.

-Seguro: servilletas y manteles y sábanas y fundas para almohadas, y cosas por el estilo. Podrías conseguir un buen juego de loza. Tú sabes, será muy duro para ella adaptarse a este tipo de cosas. Puedes despacharlas por vapor, alrededor del Mar de Behring. Y, dime, ¿cuál sería el problema con un piano?

Hutchinson secundó la idea de corazón. Sus resistencias se habían desvanecido, y se acaloró con su misión.

-¡Por Júpiter! Lawrence -dijo como conclusión del conciliábulo, y cuando ya ambos estaban de pie-: traeré aquí a esa muchacha tuya, como es debido. Haré la comida y cuidaré de los perros, y todo lo que el hermano tendrá que hacer será velar por su confort y hacer por ella lo que se me haya olvidado. Y olvidaré condenadamente poco, te lo aseguro.

Al día siguiente Lawrence Pentfield le estrechó las manos por última vez y observó a Hutchinson, corriendo con sus perros hasta desaparecer mientras remontaba el helado Yukón en su camino hacia el agua salada y hacia el mundo. Pentfield regresó a su mina de Bonanza, que estaba mucho más melancólica que antes, y encaró con resolución el largo invierno. Había trabajo por hacer, hombres a quienes supervisar, y operaciones que dirigir en pos de la caprichosa veta lucrativa; pero su corazón no estaba en el trabajo. Y no estuvo en trabajo alguno, hasta que los troncos en hilera de una nueva cabaña empezaron a alzarse sobre la colina detrás de la mina. Era una cabaña grande, construida con entusiasmo y dividida en tres confortables habitaciones. Cada tronco había sido tallado a mano por sus cuatro caras, un capricho muy costoso, siendo que

Librodot

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

los hacheros recibían una paga diaria de quince dólares; pero a él nada podía resultarle demasiado costoso si estaba destinado al hogar en el que viviría Mabel Holmes.

Así que siguió adelante con la construcción de la cabaña, cantando: -¡Y oh, mi hermosa, pudiera yo en algún lugar hacer habitable mí corazón para ti!

Tenía además un calendario clavado en la pared, sobre la mesa, y su primer acto cada mañana era marcar el día y contar los que faltaban para que su socio viniera tronando, Yukón abajo, en la primavera. Otro capricho fue el de no permitir que nadie durmiera en la nueva cabaña. Debía mantenerse tan fresca para cuando ella la ocupara, como frescos eran los troncos tallados; y cuando estuvo terminada, puso un candado en la puerta. Nadie entraba salvo él mismo, y tenía por costumbre pasar allí largas horas, y reaparecer con la cara extrañamente radiante y en sus ojos una luz alegre, cálida.

En diciembre recibió una carta de Corry Hutchinson. Había visto a Mabel Holmes. Ella era todo lo que debía ser para ser la esposa de Lawrence Pentfield, escribió. Se mostraba entusiasta, y su carta hizo hormiguear la sangre en las venas de Pentfield. Le siguieron otras cartas, una en los talones de la otra y, a veces, dos o tres juntas cuando el correo se amontonaba.Y todas ellas eran del mismo tenor. Corry recién había venido de la avenida Myrdon; Corry estaba yendo justo ahora a la avenida Myrdon; o bien: Corry estaba en la avenida Myrdon. Y él dilataba más y más su estadía en San Francisco, ni mencionaba siquiera su viaje a Detroit.

Lawrence Pentfield empezó a pensar que su socio dedicaba a acompañar a Mabel Holmes un tiempo excesivo, para alguien que estaba yendo al Este a ver a su gente. Hasta se sorprendió preocupándose por el hecho algunas veces, aunque se habría preocupado más en caso de no conocer tan bien a Mabel y a Corry. Por otra parte, las cartas de Mabel tenían mucho para decir sobre Corry. También, un filón de timidez que no estaba lejos de la falta de disposición, se insinuó entre ellos en lo concerniente a viajar a los hielos y al matrimonio en Dawson. Pentfield respondió las cartas de buena gana, riéndose de los temores de ella, que tomó como los meramente físicos motivados por el peligro y las dificultades, más que aquellos surgidos de la reserva virginal.

Pero el largo invierno y la espera tediosa, superponiéndose a los dos largos inviernos previos, estaban afectándolo. La supervisión de los hombres y la búsqueda de un filón redituable no podían romper el fastidio de cada día, y el fin de enero lo encontró haciendo viajes ocasionales a Dawson, donde podría perder su identidad por un rato en las mesas de juego. Dado que podía permitirse perder, ganaba: la "suerte de Pentfield" se convirtió en una frase corriente entre los jugadores de faraón[1].

La buena suerte lo acompañó hasta la segunda semana de febrero. Imposible saber cuánto tiempo más lo habría acompañado; porque después de un juego importante, nunca volvió a jugar.

Ocurrió en la Casa de la ópera, y por una hora había

parecido que él no podría apostar su dinero a una carta sin

convertirla en ganadora. En una pausa, al final de una partida y mientras el crupier estaba mezclando la baraja, Nick Inwood, el dueño de la casa de juego, remarcó, a propósito de nada:

-Yo digo, Pentfield, veo que ese socio tuyo ha estado tonteando y haciendo travesuras allá en el exterior.

-Dejemos a Corry pasarla bien -había contestado Pentfield-; especialmente cuando se lo

[1] Juego de naipes.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

ha ganado.

-Cada hombre con sus gustos -rió Nick Inwood-; pero difícilmente a casarse yo lo llamaría pasarla bien.

-¡Corry, casado! -exclamó Pentfield, incrédulo y momentáneamente fuera de sí por la sorpresa.

-Seguro -dijo Inwood-. Lo vi en el periódico de Frisco que llegó por trineo esta mañana.

-Bueno, ¿y quién es la mujer? -demandó Pentfield, un poco con el aire de fortaleza paciente con que uno traga el anzuelo y de inmediato es consciente de la gran carcajada destinada a desatarse a su costa.

Nick Inwood sacó el periódico de su bolsillo y lo empezó a mirar de nuevo, diciendo:

-No tengo una especial memoria para los nombres, pero me suena algo así como Mabel... Mabel... ah, sí, aquí está: ...Mabel Holmes, hija del juez Holmes... quien quiera sea él.

Lawrence Pentfield no movió un pelo, aunque se preguntó cómo algún hombre en el Norte pudiera conocer ese nombre. Echó una fría mirada alrededor, cara por cara, para descubrir cualquier signo, por vago que fuera, del juego que se estaba jugando con él, pero las caras nada revelaban más allá de una sana curiosidad. Entonces, se volvió hacia el jugador y le dijo en tono frío y sereno:

-Inwood, yo tengo aquí quinientos redondos, y te digo que

el anuncio que has dicho no está en ese periódico.

El jugador lo miró con sorpresa burlona. -Vete, pequeño. No necesito tu dinero.

-Así lo pensé -dijo Pentfield con desdén, volviendo al jue

go para echar un par de apuestas.

La cara de Nick Inkwood se arrebató, y, como si dudara de sus sentidos, recorrió con ojos cuidadosos el impreso de un cuarto de columna. Luego se volvió hacia Lawrence Pentfield.

-Mira aquí, Pentfield -dijo en forma veloz y nerviosa-, yo no puedo permitir eso, sabes...

-¿Permitir qué? -exigió brutalmente Pentfield. -Tú insinuaste que yo menti.

-Nada de eso -fue la réplica-. Yo simplemente sugerí que estabas intentando ser pesadamente gracioso.

-Hagan sus apuestas, caballeros -protestó el que daba la mano.

-Pero te digo que es cierto -insistió Nick Inwood.

-Y yo te he dicho que pongo quinientos a que eso no está en ese periódico -respondió Pentfield, depositando al mismo tiempo un pesado saco con polvo de oro sobre la mesa.

-Siento tomar tu dinero -fue la réplica de Inwood, mientras ponía el periódico en la mano de Pentfield.

Pentfield lo miró, aunque no podía decidirse del todo a creerlo. Ojeando el encabezado: "Joven de los lagos sale de viaje al Norte", y sobrevolando el artículo hasta los nombres de Mabel Holmes y Corry Hutchinson, unidos en matrimonio, que saltaban frente a sus ojos, volvió a lo alto de la página. Era un periódico de San Francisco.

-El dinero es tuyo, Inwood -apuntó con una risa corta-. Es imposible saber qué cosas hará ese socio mío cuando consigue salir de aquí.

Luego volvió al artículo y lo leyó palabra por palabra, muy lentamente y muy cuidadosamente. No podía dudar más. Más allá de toda disputa, Corry Hutchinson había desposado a Mabel Holmes. "Uno de los reyes de Bonanza", lo describía, "socio de Lawrence Pentfield (a quien la sociedad de San Francisco todavía no ha olvidado), e involucrado con aquel caballero en otras ricas propiedades del Klondike". Más adelante, y al final, leyó: "Corre el rumor de que el señor y la señora Hutchinson, tras un breve viaje al Este hacia Detroit, hagan su

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

auténtico viaje de luna de miel por el fascinante país del Klondike".

-Volveré, guárdenme el lugar -dijo Pentfield, poniéndose de pie y tomando el saco de oro, con el cual tantas veces había acertado y al que había aligerado ahora bajo la forma de quinientos dólares.

Se volvió por la misma calle y compró un periódico de Seattle. Traía los mismos hechos, aunque algo condensados. Corry y Mabel estaban indudablemente casados. Pentfield volvió a la Casa de la ópera y retomó su asiento en la mesa de juego. Pidió se le permitiera jugar sin límite.

-Tratando de buscar acción -rió Nick Inwood, en tanto cabeceaba al que daba la mano en señal de asentimiento-. Iba a ir al centro, a los almacenes A.C., pero ahora supongo que me quedaré para verte hacer lo peor.

Eso hizo Lawrence Pentfield tras jugar muy fuerte durante dos horas, cuando el crupier mordió el extremo de un cigarro fresco y liquidó la partida anunciando que la banca estaba quebrada. Pentfield cobró cuarenta mil en dinero contante y sonante, estrechó la mano de Nick Inwood y le anunció que esa sería la última vez que participara de su juego o de cualquier otro.

Nadie supo o sospechó que él había sido golpeado, mucho menos que había sido golpeado duramente. No hubo un cambio visible en su estilo de vida. Por una semana se volcó a su trabajo como nunca, hasta que leyó otra noticia del casamiento en un diario de Portland. Entonces pidió a un amigo hacerse cargo de la mina y partió Yukón arriba, detrás de sus perros. Tomó la ruta a Salt Water hasta que llegó a White River, donde giró. Cinco días más tarde llegó a un campamento de caza de los indios de White River. Esa noche hubo una fiesta, y se sentó en el sitial de honor, al lado del jefe; y en la mañana siguiente enfiló sus perros hacia el Yukón. Pero ya no viajaba solo. Una joven squaw alimentó por él a sus perros esa noche, y lo ayudó a armar la tienda para acampar. Ella había sido herida de gravedad por un oso en su niñez, y sufría de una leve cojera. Se llamaba Lashka, y aún se sentía insegura ante el extraño hombre blanco que había venido desde lo Desconocido, que la había desposado sin casi apenas una mirada o una palabra, y ahora la llevaba con él de regreso a lo Desconocido.

Pero Lashka había sido más afortunada que la mayoría de las muchachas indias que forman pareja con blancos en el País del Norte. Apenas llegaron a Dawson, el casamiento bárbaro que los uniera fue formalizado a la manera de los hombres blancos, ante un sacerdote. Desde Dawson, lo cual fue para ella una total maravilla y un sueño, fue trasladada directamente a la concesión minera de Bonanza e instalada en la cabaña de maderas talladas, sobre la colina.

El asombro de nueve días que siguió, no surgió tanto del hecho de que Lawrence Pentfield había escogido a una squaw para compartir el lecho y la casa como de la ceremonia que había legalizado la unión. El matrimonio tan formalmente sancionado fue lo único que sobrepasó la comprensión de la comunidad. Pero nadie molestó a Pentfield por eso. En tanto las extravagancias de un hombre no afecten especialmente a la comunidad, la comunidad lo deja tranquilo, y así Pentfield tampoco fue segregado de las cabañas de aquellos casados con mujeres blancas. La ceremonia matrimonial lo evitó caer en el status de squawman[2] y lo ubicó más allá de cualquier reproche moral, aunque había quienes cuestionaban su gusto en cuanto a mujeres concernía.

No llegó ninguna otra carta. Seis cargamentos de correspondencia, despachadas por trineo, se habían perdido en Big Salmon. Además, Pentfield sabía que Corry y su desposada debían haberse puesto ya en camino. Y estaban todavía, pues, en su viaje de luna de miel, el viaje de luna de miel que él había soñado para sí durante dos monótonos años. Ante tal pensamiento,

[2] Emparejado con una mujer india.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

sus labios hicieron una amarga mueca de desprecio; pero no dio signos de ello, aparte de mostrarse más amable con Lashka.

Había pasado marzo, y estaba por concluir abril, cuando, una mañana de primavera, Lashka le pidió permiso para ir por el riacho algunos kilómetros más abajo, a la cabaña del Siwash Pete. La esposa de Pete, una mujer de Stewart River, había mandado un recado de que algo andaba mal con su bebé, y Lashka, que era por sobre todo una mujer maternal y que por sí misma había conseguido ser verdaderamente sabia en materia de problemas infantiles, no perdía oportunidad de oficiar de nodriza de los pequeños de otras mujeres, inclusive más afortunadas que ella.

Pentfield ató sus perros al arnés, y con Lashka detrás tomó la ruta que bajaba junto al cauce del río de Bonanza. La primavera estaba en el aire. La helada ya no mordía con el mismo rigor, y si bien la nieve aún cubría la tierra, el murmullo y el discurrir del agua decían que el férreo dominio del invierno estaba cediendo. El fondo de hielo estaba abandonando el camino, y aquí y allá un nuevo camino se rompía en torno a huecos así abiertos. En un sitio tal, donde no había espacio para que pasaran dos trineos, Pentfield oyó un campanilleo que se aproximaba y frenó a sus perros.

Una yunta de perros con aire cansado irrumpió en el estrecho cauce, seguida por un trineo cargado en exceso. En el punto de arreo había un hombre guiando el vehículo de un modo que a Pentfield le resultaba familiar, y detrás del trineo caminaban dos mujeres. Su mirada volvió al hombre. Era Corry. Pentfield se puso de pie y esperó. Se sintió contento de que Lashka estuviera con él. El encuentro no habría salido mejor si lo hubiera planeado, pensó Pentfield. Y mientras esperaba se preguntaba que dirían ellos, qué serían capaces de decir. En cuanto a él, no había necesidad de decir nada. La explicación debía salir toda del otro lado, y él estaba listo para escucharlos.

Cuando se arrastraron uno al lado del otro, Corry lo reconoció y detuvo a los perros. Con un "Hola, viejo", extendió su mano.

Pentfield la estrechó, pero sin calor ni palabras. Para entonces las dos mujeres se habían aproximado, y él descubrió que la segunda era Dora Holmes. Él se quitó su gorro de piel, cuyas aletas volaban al viento, le dio la mano y se volvió hacia Mabel. Ella se inclinó hacia adelante, radiante y espléndida, pero titubeó ante su apretón de manos. Él tuvo intención de decir: "¿Cómo está, señora Hutchinson?", pero de algún modo el "señora Hutchinson" se le había atragantado y todo lo que alcanzó a articular fue el "¿Cómo estás?".

Había en la situación toda la turbación y molestia que él podría haber deseado. Mabel traicionaba la agitación apropiada a su posición, mientras que Dora, quien evidentemente había sido traída como una suerte de pacificadora, estaba diciendo:

-¿Por qué, qué es lo que ocurre, Lawrence?

Antes de que pudiera contestar, Corry lo agarró de una manga y lo apartó a un costado.

-Mira, viejo, ¿qué significa eso? -exigió en voz baja, señalando a Lashka con los ojos.

-Difícilmente yo pueda entender, Corry, por qué deba interesarte el asunto.

Pero Corry se dirigió directamente al punto.

-¿Qué está haciendo aquella squaw en tu trineo? Me has dejado un trabajo bien sucio si debo explicar todo eso. Solo espero que pueda ser explicado. ¿Quién es? ¿De qué squawman es ella?

Lawrence Pentfield meditó su ataque, y lo meditó con un cierto sereno regocijo del espíritu que de alguna manera parecía compensarlo por el mal que se le había causado.

-Ella es mi squaw -dijo-; la señora Pentfield, si lo prefieres.

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com

Corry Hutchinson se quedó boquiabierto, y Pentfield lo dejó y volvió con las dos mujeres. Mabel, con una expresión preocupada, parecía mantenerse distante. Él se volvió hacia Dora y preguntó con enorme afabilidad, como si el mundo fuera todo alegría:

-¿Cómo soportó el viaje? ¿Tuvo algún problema para dormir abrigada? ¿Y cómo soportó el viaje la señora Hutchinson? -preguntó enseguida, sus ojos posados en Mabel.

-¡Oh, tú, querido idiota! -gritó Dora, echando sus brazos alrededor de él y abrazándolo-. ¡Entonces tú lo viste, también! Supuse que había algún problema, estabas actuando en forma tan extraña...

-Yo... yo no entiendo del todo... -tartamudeó él.

-Eso fue corregido en el periódico del día siguiente -siguió el parloteo de Dora-; nosotros ni soñamos con que tú lo verías. ¡Todos los otros periódicos lo traían correctamente, y por supuesto ese periódico miserable fue el único que viste!

-¡Espera un momento! ¿Qué quieres decir? -demandó Pentfield, con un repentino temor en el corazón y sintiéndose al borde de un abismo gigantesco.

Pero Dora, voluble, siguió avanzando.

-Para colmo, cuando se supo que Mabel y yo estábamos yendo a Klondike, Every Other Week dijo que cuando nosotras nos dispusiéramos a partir estaría todo amoroso en la avenida Myrdon, queriendo decir, por supuesto, solitario[3].

-Entonces...

-Yo soy la señora Hutchinson -respondió Dora-. Y tú pensaste todo el tiempo que era Mabel.

-Así fue, exactamente -replicó Pentfield, con lentitud-. Pero ahora puedo ver. El reportero mezcló los nombres. Los periódicos de Seattle y de Portland lo copiaron.

Quedó en silencio por un minuto. El rostro de Mabel había girado nuevamente hacia él, y Pentfield pudo ver allí la melancolía de la expectativa. Corry estaba profundamente interesado en la puntera rota de uno de sus mocasines, mientras Dora estaba dirigiendo a hurtadillas largos vistazos a la cara inmóvil de Lashka, sentada en el trineo. Lawrence Pentfield miró fijamente, directamente frente a él, hacia el insípido futuro que se alzaba a través de las grises perspectivas en las cuales se vio a sí mismo cuando manejaba el trineo, detrás de los perros a toda carrera, con la coja Lashka a su lado.

Luego habló, sencillamente y calmado, mirando a Mabel a los ojos.

-Lo siento mucho. No pude ni soñar eso. Pensé que te habías casado con Corry. Aquella es la señora Pentfield, sentada allá en el trineo.

Mabel Holmes se dio vuelta, debilitada, hacia su hermana, como si toda la fatiga del enorme viaje hubiera descendido súbitamente sobre ella. Dora la aferró por la cintura. Corry Hutchinson seguía ocupado con sus mocasines. Pentfield recorrió a todos, cara a cara, con su mirada, y luego se volvió hacia su trineo.

-No puedo quedarme aquí todo el día, con el bebé de Pete esperando -le dijo a Lashka.

El largo látigo silbó, los perros se levantaron de un salto contra las bandas que les cruzaban el pecho, y el trineo se sacudió y se lanzó bruscamente hacia adelante.

-Oh, yo digo, Corry -Pentfield gritó hacia atrás-, ustedes mejor ocupen la vieja cabaña. No ha sido usada desde hace algún tiempo. Yo he construido una nueva sobre la colina.

[3] Juego de palabras entre lovely, "amoroso", y lonely, "solitario".

PDF created with pdfFactory trial version www.pdffactory.com